

LOS MEJORES SHOWS DEL



PARIS SE TRASLADA a todas partes del mundo; en especial, a Las Vegas. También nosotros lo tuvimos aquí cuando llegó la Nouvelle Eve. En la foto, una de sus presentaciones en C-9.



Desde Las Vegas escribe Sergio Vodanovic

LAS VEGAS.— Al igual que un nuevo rico que, sin importarle el precio, va adquiriendo renombradas obras de arte para su palacete recién construido, los empresarios de Las Vegas se han traído al alegre París hasta el desierto de Nevada.

En el trasplante algo se ha perdido y algo se ha ganado. El *sprit* francés se encuentra disminuido, pero han aumentado los espectáculos en recursos técnicos de luz y escenografía.

Quien contempla la cartelera artística no podrá resistir su asombro al observar que los espectáculos más destacados son franceses. El Hotel Tropicana se hace llamar "la casa americana del Folies Bergère"; el Bonanza se enorgullece de presentar el "Crazy-Horse Saloon de París"; el Hotel Dunes exhibe al "Casino de París", que cuenta como estrella al cantante Rouvaun, cuyo nombre está inscrito en todos los taxis que circulan por el strip. En el mismo hotel, en una sala más pequeña, el título de la minirrevista indica a las claras la procedencia mixta del show: "Vive les girls 69", mientras que más allá, en el Stardust, está programado en forma permanente el Lido con su revista "Tout Paris".

En Las Vegas queda al descubierto el complejo norteamericano hacia lo francés; como también se luce en todo su esplendor la potencia del dólar que trasladó hasta sus dominios lo mejor del teatro frívolo parisiense.

Pero ésa no es la única característica predominante de los shows de Las Vegas. También hay otra, de carácter nacional: la nostalgia por las grandes canciones románticas de otras décadas. Acorde con la edad de la mayoría de sus visitantes, en Las Vegas triunfan "los recuerdos de antaño". Y así no es raro encontrarse con las colas de espectadores para asistir al show de Tony Bennett en el Ceasar's Palace. El cantante de la época de Sinatra actúa dos horas apoyado sólo por la excelente orquesta del baterista Louis Bellson y con un entreacto de descanso que llena el humorista negro Stu Gilliam.

Este sentimiento de nostalgia por la música norteamericana del pasado se acentúa en el Desert Inn,

que programa una revista fastuosa como la que más con el enigmático título de "Pzazz'70".

Uno de los principales cuadros de la revista se llama "Un tributo a los grandes del jazz", en el que cuatro cantantes recuerdan alternadamente los motivos más populares de Glenn Miller, Tommy Dorsey, Less Brown y Duke Ellington, mientras en la pantalla del fondo, en proporciones monumentales, van proyectándose sus fotografías. Entre el público se produce una verdadera competencia de aplausos al recordar su canción favorita.

Pero ése no es el único mérito de "Pzazz'70". Cada cuadro de la revista está dedicado a una ciudad importante de los Estados Unidos: Memphis, St. Louis, Chicago, Nueva York, Hollywood, recordándolas en la vibrante imagen que, a través del recuerdo, ha dejado la década del 20. Y los visitantes de Las Vegas que provienen de todos los rincones del país aplauden cada cuadro con el mismo entusiasmo que un hincha de fútbol nuestro lo haría ante la ovación de su club favorito.

EL STRIP DEL "STRIP"

Que el strip-tease, acto del género frívolo nacido en los Estados Unidos y divulgado en Francia, está en decadencia, es un hecho que se hace visible en Las Vegas. Sólo uno de los hoteles programa un espectáculo dedicado al arte de desvestirse. Es el Bonanza, que no obstante sus enormes proporciones, como todos los hoteles de Las Vegas, esconde su segunda categoría tras el lema "más audaz y más amistoso".

En el Bonanza tiene su sede el "Crazy-Horse Saloon de París". No ofrece, sin embargo, ninguna nueva audacia en el limitado espectáculo. Curiosamente, más que las strip-tiseras que nunca llegan al desnudo total, llama la atención el uso de las proyecciones, tanto para anunciar humorísticamente los números como para "vestir" de colores en movimiento a las bailarinas en los momentos finales de su actuación.

IMPORTADOS DE FRANCIA

Ningún norteamericano necesita disponer del tiempo, el dinero y la paciencia que significa un viaje a Europa para ver los espectáculos



frívolos que han hecho la fama de París. Los mejores los tienen en casa, en Las Vegas. Si alguna diferencia observa el espectador extranjero en los shows franceses que se exhiben en París respecto a los de Las Vegas es que aquí el desnudo es más limitado y los recursos luminotécnicos y escenográficos son más variados.

El Folies Bergère del Tropicana usa, por ejemplo, el recurso que nosotros conocimos en La Linterna Mágica checoslovaca. Pero perfeccionado. No se trata sólo de la combinación a lo largo del escenario de cine con actores; se hace también en profundidad, lo que se logra teniendo la pantalla dividida en cortes verticales, totalmente inadvertidos para el espectador, hasta el momento en que se ve, por ejemplo, a un garrochista saltar con su implemento y un actor salir de la pantalla, desde lo alto, para caer en el escenario.

Por su parte, el número revisteril de mayor impacto del "Casino de París" en el Hotel Dunes es la re-



LOS MEJORES SHOWS DEL MUNDO



IZQUIERDA, ARRIBA: Una de las pocas presentaciones con economía de medios: sólo ocho intérpretes y sobria escenografía y utilería.

DERECHA: En el Hotel Desert Inn se presenta este magnífico espectáculo titulado "Pzazz'70", donde se recuerda a los buenos intérpretes y autores de la música popular norteamericana antigua.

IZQUIERDA, ABAJO: El lujo y la brillantez de los espectáculos de Las Vegas no tienen competencia. Sólo pueden costearlos los dueños de los diferentes hoteles para atraer clientes.

presentación libre de la coronación de Luis XIV en el Palacio Real de Versalles, con la presencia de las más exóticas delegaciones extranjeras. En este cuadro, el despliegue de trajes de fantasía sobrepasa lo imaginable en lujo y color.

LA MINIRREVISTA

Todo hotel que se respete en Las Vegas anuncia dos shows: uno, con gran despliegue escénico y de reparto, que tiene lugar en el comedor principal, donde se presencia el espectáculo mientras se sirve una cena y cuyo costo medio es de 20 dólares; y el otro, en una sala más pequeña, de mayor intimidad, en que sólo se consumen cocteles. Es el lugar apropiado para la revis-

ta satírica, donde el humor prevalece sobre la espectacularidad y donde el ingenio se impone. La más exitosa de estas minirrevistas es la que programa el Ceasar's Palace con el nombre de "Bottoms Up". Es, por lo demás, el único espectáculo de Las Vegas que puede servir de inspiración o de modelo para un empresario latinoamericano. El resto está fuera de las posibilidades económicas y humanas de nuestro subdesarrollado continente.

"Bottoms Up" consta de ocho actores: cinco mujeres y tres hombres, una pantalla blanca, en la que se hacen proyecciones, y algunos elementos de utilería. Nada más. Pero lo que es extraordinario es el rit-



LOS MEJORES SHOWS DEL MUNDO



EN "BOTTOMS UP" llama la atención el ritmo con que se desarrollan los diversos cuadros y las agudas pullas a la actualidad norteamericana.

mo. Los intérpretes se turnan para escenificar chistes, uno tras otro, con una gracia incisiva, frecuentemente relacionada con la actualidad del país. ¿A quiénes apunta la sátira? A Jackie Onassis, naturalmente; a la televisión, a la lucha racial, al Vietnam, y cuanto puede parecer irreverente en la abierta sociedad norteamericana.

Plato de fondo y número más celebrado es una canción en que una actriz caracterizada de profesora solterona a la antigua cuenta sus vicisitudes, porque ahora de acuerdo a los nuevos planes debe enseñar educación sexual.

EL SHOW MAS GRANDE DEL MUNDO

Más de alguien se habrá preguntado, alguna vez, qué se ha hecho el

teatro de varieté, la revista frívola donde se alternan cantantes y malabaristas, espectáculo y humorismo, coristas y acróbatas, animales amaestrados e ilusionistas. Más de alguien se suele lamentar de que no es posible ya encontrar en las grandes ciudades el entretenimiento puro, pues ha sido suplantado por un teatro denso y pesimista o por un cine intelectual y escabroso. A ese "más de alguien" habría que enviarlo a Las Vegas y allí encontraría el paraíso presente del espectáculo frívolo y liviano.

Lo difícil es recordarlo. Porque son tantos y tan similares en calidad los espectáculos que allí se ofrecen, que quien sigue el obligado peregrinaje nocturno de un show a otro, terminará con una embriaguez visual, auditiva, sensorial, en fin, con

la característica tradicional de la borrachera: confusión general.

Pero hay un show que no se olvida. Bien merece el calificativo del más grande del mundo. Paradojalmente, él no se representa en uno de los tantos fastuosos escenarios de los hoteles del strip, sino en las salas de juego, en los comedores, en los bares, en las piscinas y las tiendas de los mismos hoteles. Su multitudinario reparto está compuesto por hombres y mujeres de todos los Estados norteamericanos y de distintas partes del mundo. Hablan todos los idiomas, tienen rostros en los que se reflejan las más distintas razas y nacionalidades y si un factor común predomina es el de la riqueza y el bienestar económico.

En este show abundan las parejas: las que están en luna de miel alternan desventajosamente en número con las que vienen a celebrar sus bodas de papel, de plata o de diamante; pero siempre son más los que acuden con ocasión de su tercer, cuarto o quinto matrimonio. En materia de vestuario, ningún desfile de modas es más completo y heterogéneo. Minifaldas increíbles se rozan con largas túnicas, mientras los pijamas de diferente textura sirven para saber la hora del día en que se está: deportivos en las mañanas, elegantes en las noches. Pero cualquiera que sea lo que se lleva puesto sobre las piernas, el escote anuncia triunfante su reaparición, dejando ver de paso el obsoleto del sostén.

El show más grande del mundo lo constituye, en suma, la población flotante de Las Vegas, en cuyos ojos están retratados la búsqueda de evasión, la sed de divertirse y, también, como dramática contrapartida, el cansancio, el tedio y la angustia.

Una mañana, saliendo del elegante Caesar's Palace, mi vista tropezó con un personaje extraño, ajeno del todo al ambiente de lujo que me rodeaba. Era un viejo vagabundo, vestido con harapos, que parecía trasplantado de cualquiera de nuestras peores *callampas*. Sentado en las graderías que imitaban el mármol, protegiéndose del sol por las imponentes estatuas que adornan la puerta principal del hotel, miraba apaciblemente el incesante fluir de quienes entran y salían. De seguro, él estaba presenciando, gratuitamente, el mejor show que día a día, noche a noche, ofrece el artificial mundo de Las Vegas, Nevada, USA. ■